



Diez años después de *Amoris laetitia*: *anunciar el Evangelio con las familias de hoy*

Encuentro del Santo Padre León XIV
con los Jefes de las Iglesias Orientales Católicas
y los Presidentes de las Conferencias Episcopales
7-14 de octubre de 2026

[Traducción de trabajo. Original: inglés.]

Las familias cristianas como protagonistas de la misión de la Iglesia

Reconocer el amor conyugal y familiar como motor de la misión

Martes 13 de octubre de 2026

S.Em. Card. Protase Rugambwa

Introducción

En este quinto día de nuestro encuentro, con humildad los invito a considerar la realidad de las familias cristianas no simplemente como destinatarias de la pastoral familiar de la Iglesia, sino más bien como sujetos activos de su misión. Dejemos que el tema de hoy, tras la escucha y el trabajo de los últimos cuatro días sobre toda la cuestión del desarrollo de la pastoral familiar de la Iglesia después de *Amoris laetitia*, nos ayude a realizar un discernimiento posterior sobre el modo con el cual esta Exhortación nos inspira para una mirada hacia una Iglesia que despliega su propia misión con y a través de las familias, entendidas como agentes activos de la actividad misionera. La pregunta que debemos hacernos hoy, a diez años de *Amoris laetitia*, es: ¿qué hemos aprendido sobre el papel misionero de las parejas y de las familias mismas?

Breve nota histórica

Desde un punto de vista histórico, conviene destacar que la Exhortación, en primer lugar, retoma los puntos clave de la enseñanza del Concilio Vaticano II, en particular en lo que respecta al ministerio de los laicos en el contexto de la Iglesia Doméstica. A través del sacramento del matrimonio, los cónyuges cristianos constituyen una suerte de «Iglesia Doméstica», cuyo papel es esencial para la educación y la transmisión de la fe. Además, la Exhortación también se refiere a las enseñanzas de los pontífices posteriores al Concilio Vaticano II sobre el matrimonio y la vida familiar. No es necesario dar muchos ejemplos; basta con citar la enseñanza del Papa Pablo VI cuando afirma: «Son los propios esposos quienes se convierten en apóstoles y guías de otros esposos». El Papa Juan Pablo II retoma una enseñanza similar en *Familiaris consortio*, n. 21.

El impacto de la Exhortación en la vida y la misión de la Iglesia

Sin repetir lo que ya se nos ha presentado, todos conocemos el impulso que ha generado dicha exhortación, provocando una oleada de renovación y fortalecimiento de la pastoral familiar, en sus múltiples formas. Además de adoptar un enfoque centrado en la familia, muchas diócesis y parroquias han encontrado en ella un estímulo para el desarrollo y la atención no solo a la preparación al matrimonio, al acompañamiento de las parejas y las personas que se han vuelto a casar, sino también al compromiso en otras actividades pastorales. La familia se ha revelado como el punto de encuentro

de todos los ámbitos del ministerio pastoral. De hecho, la familia es considerada claramente como cruce donde se encuentran las generaciones, donde se transmiten los valores, donde se vive la fe y donde se forja el futuro tanto de las personas como de la sociedad. Sin duda, las familias y las parejas se involucran en diversos ministerios. Además, es alentador observar que, a través de movimientos, asociaciones y diversos grupos de fieles, se promueven diferentes enfoques pastorales centrados en la acogida, el acompañamiento y el discernimiento de las necesidades de las personas, ya sean bautizadas o no, casadas o que se hayan vuelto a casar. El acompañamiento pastoral y el discernimiento de personas individuales y de grupos de personas, en la diversidad de su estado de vida, han sacado a la luz realidades que hasta entonces podían pasar desapercibidas. Es precisamente aquí donde vemos el paso de las familias y las parejas de simples destinatarios de la pastoral a participantes activos y sujetos corresponsables de la misión de la Iglesia. La pregunta que debemos hacernos, en este punto, es cómo deben reconocerse y desarrollarse posteriormente los diversos ministerios que están surgiendo y que involucran a las familias, así como qué pasos concretos deben realizarse.

La participación de las familias como sujetos activos de la acción pastoral está fuertemente respaldada por las experiencias concretas que les han permitido madurar como cristianos fieles y comprometidos, experiencias que pueden aprovecharse no solo en su esfuerzo por apoyar el crecimiento de la misión de la Iglesia, sino también para plasmar la formación de quienes están llamados a acompañarlas. En algunas realidades se han dado pasos en esta dirección, por ejemplo, con la participación de parejas y familias en el apoyo al desarrollo económico de la Iglesia y de sus instituciones. También resulta muy alentador el apoyo que se brinda a la formación de los agentes pastorales, quienes son formados precisamente gracias a la experiencia vivida, por aquellas parejas y familias, en el matrimonio, la paternidad y otras realidades sociales y familiares. Las cuestiones y los desafíos concretos que deben afrontar las familias y la sociedad en su conjunto se comparten con los pastores y, de esta manera, estos últimos son formados por las propias familias. En este punto surge una pregunta muy interesante. En estos diez años de *Amoris laetitia*, ¿se les ha asignado a las parejas y a las familias de nuestras comunidades un papel más activo en la formación de los seminaristas, los diáconos y otros agentes pastorales? Preguntémonos también si, a partir de su participación, hemos aprendido algo nuevo al respecto y qué pasos ulteriores se podrían dar. Se trata de preguntas abiertas que pueden ayudarnos a trazar nuestro camino hacia la promoción del ministerio activo de las familias.

La experiencia africana de la Iglesia como familia y la realidad de las pequeñas comunidades cristianas para la misión

Para concluir mi breve intervención, permítanme compartir con ustedes mi experiencia en la promoción del ministerio activo de las familias y las parejas, respaldada por la concepción africana de la Iglesia como familia¹ y por el desarrollo y la consolidación de las estructuras de las Pequeñas Comunidades Cristianas (PCC). La concepción de la Iglesia como familia ha favorecido, de hecho, un fuerte sentido de pertenencia que ha llevado a la familia de Dios a caminar juntos y a estar lista para desempeñar su ministerio de manera colaborativa. Esto no es más que una forma sinodal de ser Iglesia, que se ha experimentado en África Oriental desde la introducción y el afianzamiento de las estructuras de las PCC en la década de los años 70, como unidades ideales de acción pastoral

¹ Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal, *Ecclesia in Africa* (14 de septiembre de 1995).

destinadas a favorecer la colaboración y la corresponsabilidad de los fieles en la vida y la misión de la Iglesia. Se trata de un camino en el que las parroquias se han transformado en una «familia de familias», donde los fieles no son extraños unos para otros y les resulta fácil interactuar, planificar y contribuir a la noble misión de la evangelización. Dentro de estas estructuras, donde se han desarrollado diversos ministerios laicales locales, tales como: el ministerio para las relaciones comunitarias; el ministerio para los sacramentos; el ministerio para el desarrollo económico; el ministerio para el desarrollo de las mujeres; el ministerio para la salud de la familia y de la comunidad; la pastoral juvenil y el ministerio para la promoción de las vocaciones seculares y religiosas, incluida la formación y el apoyo a los futuros agentes pastorales, las familias y las parejas casadas se han visto involucradas en la vida y la misión de la Iglesia a través de su participación en diversas actividades pastorales². Esta forma de ministerio participativo se extiende a través de asociaciones, movimientos y grupos laicos, en los que dichas iniciativas se planifican pastoralmente y cuentan con el apoyo tanto de los párrocos como de los hombres y mujeres consagrados.

En la base de todo esto, sobre todo en el contexto africano, es necesario promover la concepción de la Iglesia como familia, tal como ya lo propuso Juan Pablo II (*Ecclesia in Africa*, n. 63). Guiados por la renovación pastoral y misionera, esta concepción debe inspirarse en una forma sinodal de ser Iglesia, arraigada en el espíritu de comunión y participación en la misión de todo el Pueblo de Dios.

² Protase Rugambwa, Ministerio e collaborazione nelle piccole comunità cristiane, “*Le comunità nella Diocesi di Rulenge – Tanzania, un caso di studio*”, Pontificia Università Lateranense – Roma, 1998 (tesis de doctorado), pp. 136-143.